

CERCANÍAS

Claudia está pasando la aspiradora por la alfombra india del salón cuando suena el teléfono.

Es su marido, habla en voz baja.

—Clau, he estado pensando. He pensado en nosotros, en lo bonito que era, en cómo lo estamos estropeando con nuestras discusiones... —Hace una pausa y continúa cuando encuentra las palabras adecuadas—. Mira, creo que lo mejor será que dejemos de hablarnos por un tiempo. Seguimos la convivencia igual que siempre pero sin hablar. A veces tengo la sensación de que el lenguaje nos estropea, que son todo malos entendidos.

Claudia suelta el mango de la aspiradora y se sienta en el sofá.

—¿Qué te parece? ¿No es una buena idea? —sigue hablando él.

—No sé... Ya lo hemos intentado todo —contesta ella.

—Piénsalo. Yo creo que así podríamos arreglarlo, que nos puede venir muy bien: ni una palabra de ahora en adelante. Salvo para el sexo. Ahí sí vale hablar; con lo que te gusta decirme guarrerías.

Claudia sonríe. Luego añade:

—A ti también te gusta.

—Pues por eso. Sólo podremos hablar en esos momentos. El resto del tiempo que pasemos juntos, ni una palabra. Hasta que volvamos a vivir como antes.

—Es la última vez, Max. Si esto no funciona no hay nada que hacer.

—De acuerdo. Sólo una cosa más: te quiero.

—Yo también te quiero.

Tras colgar el teléfono, Claudia se queda en el sofá. Se tumba y pone las piernas en alto. Voltea lentamente la cabeza y mira la alfombra india del salón; la mitad limpia y las madejas de pelo de gato en la otra mitad. Piensa que quiere a su marido, luego piensa que también querría vivir otras vidas. Se da cuenta de que lo quiere todo y se asusta.

Después, baja a la calle. Lleva en unas bolsas las cortinas del salón y las fundas del sofá.

Sentada en un banco de la lavandería, mirando las secadoras, Claudia se deja llevar por el meneo silencioso y monótono de los tambores, que giran de derecha a izquierda a gran velocidad. Entonces imagina que, quizá, una vida silenciosa sea una vida mejor, una vida más limpia.

Días más tarde, la convivencia es extrañamente tranquila. No hablan, no discuten y, al llegar la noche, tienen sexo.

Pero la idea de Max no funciona, porque, después de las primeras caricias, de las primeras palabras tiernas y de deseo, aparece por sorpresa alguna frase, de boca de

cualquiera de los dos, que nada tiene que ver con aquel amor que se traen entre manos y, entonces, se enganchan el uno con el otro y discuten de nuevo.

—Estamos enfermos —dice él finalmente.

Después, llegan al acuerdo de dejar de hacer el amor.

No hablan, no discuten. Cada noche tapan sus deseos bajo las sábanas de hilo. Los echan a los pies de la cama, arrinconándolos para que no estorben, como Claudia hacía antes con sus braguitas y Max con los calzoncillos. Y, así, se contienen sus excitaciones, intentando conciliar el sueño cuanto antes, cuanto antes, para salvar la relación. Como para protegerla de un mal mayor.

Claudia encuentra trabajo en una cafetería de la zona empresarial de la ciudad. Max cambia el turno del suyo para coincidir en casa lo menos posible. El gato va engordando. Y, una noche, ella sueña que hace el amor con todos los hombres con los que tropieza camino del trabajo.

Al día siguiente, le explica a su jefe que debe salir antes para ir al dentista. En su lugar, toma el tren hasta unos grandes almacenes de las afueras de la ciudad.

Allí compra una cámara de vídeo. Con ella se filma desnuda sobre la cama.

También coloca la cámara sobre el poyete del lavabo y se ducha con las cortinas descorridas. Luego le deja a Max las cintas de vídeo sobre el televisor y él las ve de madrugada, una y otra vez, hasta quedar exhausto.

Pasan las semanas. Max ha aprendido a utilizar aquella cámara y se graba para Claudia desnudo, haciendo flexiones, secándose el cuerpo recién salido de la ducha, fregando el suelo del baño. Y ella acaba derretida entre los cojines del sofá cada vez que mete una cinta en el aparato de vídeo y le ve a él dentro de la pantalla.

Cuando están juntos en casa, ambos fingen no reparar en la presencia del otro, pero, a menudo, se juntan en el sofá para ver los mismos programas de televisión y uno acaba por fingir que se duerme para dejar caer su mano sobre la mano del otro, o se rozan con la pierna que tienen más cerca. Claudia coge la costumbre de sentar al gato entre ellos dos y, mientras ambos aparentan acariciarlo, se buscan con los dedos hasta que se encuentran y padecen el escalofrío de su cercanía.

A veces, Max se sorprende escondido detrás de una puerta o asomándose a otra habitación y observando a su mujer como si fuera una desconocida. A estas alturas, su presencia le produce gran curiosidad, ahora le resulta misteriosa.

Se queda como fascinado o estupefacto mientras ella se prueba sus vestidos y da vueltas sobre sí misma frente al espejo. Se imagina cosas, con ella. Tiene que dominarse para no moverse del sitio, pero lo hace, se contiene, piensa en la promesa.

Un día, ya entrada la primavera, a Max le premian en el trabajo con un succulento talón por haber captado, en los últimos meses, más clientes de lo habitual entre

los empleados de la compañía. A la mañana siguiente, coge su coche y se desplaza hasta esos grandes almacenes de las afueras de la ciudad.

Deja el automóvil aparcado en la explanada del parking.

Hace calor.

A lo lejos, un tren plateado cruza los campos de trigo. Más cerca, se alzan unas enormes torres de alta tensión y también una fábrica o una refinería.

Max se gira sobre sus talones y, con la chaqueta al hombro, entra en los almacenes.

Tres horas después, sale de allí y en una semana tiene montados en su casa dieciocho muebles nuevos.

El angosto pasillo que lleva a todas las habitaciones es ahora una especie de túnel comprimido, atestado de muebles, por el que, cada vez que Claudia y Max se cruzan, él siente los pechos de ella rozándole el torso y ella tiene que agarrarle por la cintura para poder pasar. Casi se rozan los labios cerrados porque ella levanta mucho la cabeza fingiendo necesitar aire; y él decide volver a afeitarse cada mañana para no rasparle con la barba.

La vida está ahora envuelta en un silencio mantenido a base de sensaciones.

Otra noche, estando Claudia sola en casa, se le ocurre una idea mientras se lava los dientes. Va a la habitación, baja las persianas, se pone de pie sobre el colchón de matrimonio y comienza a dar saltos. Habían comprado esa cama hace tres años (recién alquilaron la vivienda) y la garantía ya ha expirado. Salta, brinca,

patalea hasta quedar extenuada y, cuando comprueba de nuevo el colchón, este tiene varios muelles rotos. El parqué cruje ahora doblemente cuando el gato se asoma para ver qué pasa y alza sus orejas estremecido.

A la mañana siguiente, Claudia pide de nuevo permiso en la cafetería y toma el tren hasta alejarse de la sensatez de la ciudad. Se apea en una estación pequeña, nueva, muy limpia. Camina quince minutos por un polígono hasta llegar a los grandes almacenes.

Allí encarga el colchón más pequeño que encuentra y pide hablar con el encargado del establecimiento para que instalen la nueva cama, en su casa, esa misma tarde.

Esa noche, Max y ella duermen más apretados que nunca.

Amanece y Max descubre en el rostro de Claudia una enorme sonrisa.

Han tenido que pasar la noche abrazados para no caerse de la cama y, cuando en el trabajo ella se lleva a la boca la taza de café que acostumbra a tomar cada mañana, le viene un olor dulce, embriagador, ligero, salado. Se huele las manos. Huelen a Max.

Hasta que llega un caluroso sábado de mediados de verano. Claudia, que vuelve de comprar el pan, encuentra en el buzón una carta del administrador de la finca. La carta dice que, por graves complicaciones en la infraestructura del edificio, deben abandonar la vivienda lo antes posible, ya que, el próximo invierno, será derribada.

Al entrar en el salón con la cara pálida, Max se acerca hasta Claudia y le coge la carta. Ella separa un mueble del tabique del salón y ve entonces las grietas en las paredes. Se miran durante varios minutos. Después se abrazan y dejan caer unas lágrimas el uno en el hombro del otro.

Vuelven a mirarse, a abrazarse. Tan platónico es lo que sienten ya por ese entonces, que, ninguno de los dos se atreve a estropearlo con palabras y cada uno decide marcharse a su ciudad natal cuando arreglen los trámites de la mudanza.

Mientras tanto, caminan torpemente por aquella casa cada vez más reducida, más llena de muebles y, sin querer, lo van volcando todo a su paso, sillas, estantes, vasos, cubiertos, nerviosos y excitados de saberse, aún, el uno cerca del otro. Idealizándose tanto que ambos sienten ahora vergüenza de mirarse a los ojos, y se ruborizan cada vez que esto ocurre.